

Cortázar en Estados Unidos

Joaquín Roy, nacido en España y residente en Estados Unidos desde 1967, es profesor de literatura y estudios latinoamericanos en la Universidad de Miami y colabora para ALA, la Agencia Latinoamericana.

Por JOAQUÍN ROY

CORAL GABLES (ALA). — En una breve y desusada conversación, nos decía tajantemente: "Algunas veces no sé por qué se quiere que hable tanto de política. Yo soy un escritor de cuentos fantásticos". El mismo Cortázar, que en público hace un esfuerzo descomunal por comunicar un sincero compromiso con el cambio sociopolítico en América Latina, es al tiempo el escritor eterno que ha conseguido crear la más sólida literatura "escapista" que ha producido el Continente Americano (con permiso de Borges y Poe).

Cortázar, en realidad, me estaba dando una nueva prueba de la dificultad inherente en su carrera literaria: a caballo entre dos épocas, dos países, dos continentes y dos compromisos. La Argentina decimonónica que desaparece cuando Perón llega al poder en los años cuarenta, y que produce como rebote el exilio de Cortázar hacia Francia aunque no estrictamente por motivos políticos; la nostalgia latinoamericana le obliga a mezclar la indagación argentina con obras más estrictamente creativas; la fidelidad a la literatura pura debe casarse con el respaldo del cambio en América Latina. No, no ha sido nada fácil la vida de Cortázar, y menos todavía su conexión norteamericana.

Es curioso comprobar que Cortázar, con el paso de los años, ha efectuado un itinerario triangular que lo ha hecho recalcar en Estados Unidos de forma similar a como le ocurrió a Sarmiento en pleno siglo XIX. El autor de "Facundo" y el creador de "Rayuela" dan la espalda a la "barbarie" de Rosas y Perón, peregrinan a

Europa en busca de la "civilización" que Cortázar halla en París y que Sarmiento quiere traspasar a Buenos Aires. La imperiosa necesidad de acometer la construcción de la Argentina hace regresar al que más tarde será presidente a su Argentina nativa via Estados Unidos, detalle que hará cambiar su vida y quizá también el rumbo del continente latinoamericano.

Rodó denunciaría este viraje lustros más tarde como "nordomanía". Lo que Sarmiento no había encontrado en plena satisfacción en Francia e Inglaterra lo halla en Estados Unidos.

A Cortázar no le pasa exactamente lo mismo, pero después de más de diez años de residencia francesa en los años cincuenta, de jornadas en la UNESCO y de traducciones de las obras de Poe, todo de espaldas físicamente a la Argentina (pero construyendo el retablo rioplatense que es el tango llamado "Rayuela"). América llama y la explosión política de Cuba y luego Chile hacen obligado el regreso paulatino y periódico, y el viraje desde el escapismo de cuentos fantásticos hasta el activismo de "Libro de Manuel".

Cortázar se torna cada vez más americano, más comprometido con la evolución sociopolítica del continente y arremete (algunas veces de forma individual, con roces esporádicos incluso con las jerarquías castristas) contra el imperialismo y el atraso, en defensa de la vía al socialismo. La caída de Allende y el final del segundo peronato frustrante, son golpes que difícilmente deben ser bien encajados por un hombre

que bordeando los sesenta años (Cortázar siempre ha parecido veinte años más joven) decide convertirse en guerrillero intelectual. Y este regreso, naturalmente, lo llevará a un choque frontal con Estados Unidos. Mientras se construye la curiosa paradoja consistente en que la mayoría de los críticos más prolíficos sobre Cortázar residen en Estados Unidos (ni uno solo de los ponentes "literarios" del simposio de Barnard ha nacido en Estados Unidos; solamente otros dos norteamericanos presidieron sesiones, y dos más leyeron ponencias de tema político), el autor se mantiene físicamente alejado del país que literariamente tanto ama en la persona de Poe. Incluso cuando Columbia University al principio de los setenta le ofrece una invitación de las que normalmente no se rechazan, Cortázar la rehúsa cortés pero duramente en carta abierta al rector de dicha institución: de momento no considera ética su presencia en Estados Unidos que todavía mantienen en claves imperiales, a la vez que recuerda que para él la voz de Estados Unidos no son los Nixon o Kissinger, sino los Lincoln, Poe y Bob Dylan.

Pasan los meses y Cortázar suaviza su postura, interviene luego en talleres de traducción y llega a ser objeto de un simposio con su presencia en Oklahoma.

Esta vez la estadia parece ser más sólida, pues durante el semestre de otoño de 1980 detendrá la recién creada cátedra de estudios latinoamericanos en la Universidad de California en Berkeley (el siguiente inquilino será Vargas Llosa). Lo que no ha abandonado

Cortázar es su militancia a favor del socialismo latinoamericano, y tras esta experiencia ya debe haber comprobado que no parece ser el momento más idóneo cuando el país experimenta un giro a la derecha a causa de la nueva guerra fría con la Unión Soviética por culpa de la aventura de Afganistán, la inestabilidad del Irán y las explosiones en cadena que Castro acciona en la isla.

Donde Cortázar va a encontrar más adeptos será lógicamente en los sectores más liberales de las universidades norteamericanas y de la burocracia washingtoniana que siguen a rajatabla la senda del respeto a los derechos humanos. Cuando en una reunión de apoyo a la campaña de alfabetización en Nicaragua se le preguntó sobre la situación en la Argentina, Cortázar fue centelleante: "Lea el New York Times de hoy y vea lo que ha declarado la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA". Esa es la línea que puede revertirle a Cortázar más comunicación en Estados Unidos. Difícil tarea, pues tiene que salvar el escollo monumental que representa ser una figura desconocida fuera de los ghettos latinoamericanistas y algunos de literatura comparada.

El Cortázar en pro de los derechos humanos y contando con el apoyo del liberalismo de la gran prensa norteamericana, puede resultar más efectivo que todos los escritos en apoyo de revoluciones muy alejadas de la problemática diaria del público de Estados Unidos. Defender el "habeas corpus" puede resultar más eficaz que la "liberación" de cualquier país centroamericano. Abogar por la libertad de domicilio puede ser un lenguaje más asequible que la campaña por la unidad de los pueblos latinoamericanos. Al menos así creo que habrá experimentado el autor en estas semanas y así volverá a verlo cuando se aposente por unos meses en California. (ALA).